



EN ESPAÑA.

EDICION DE LUJO.

Tres meses.	28 reales.
Seis	50
Un año.	90

EDICION ECONOMICA.

Tres meses.	16 reales.
Seis	28
Un año.	50

DIRECTORA,

LA BARONESA DE WILSON.

DIRECTOR-PROPIETARIO,

JOSÉ DE CASTRO Y CERBÓ.

EN EL EXTRANJERO,

ISLA DE CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses.	5 pesos.
Un año.	9

EN EL CENTRO DE AMÉRICA
Y FILIPINAS.

Un año.	11 pesos.
---------	-----------

Año II.

Madrid 21 de Julio de 1872.

Número 27.

SUMARIO.

Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—La fuente, por D. Constantino Llombart.—La Montaña maldita, por doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.—Exequias de D. Carlos Rubio, por D. Gaspar Bono Serrano.—El Libro del corazon, por D. Ramon Ortega y Frias.—Química doméstica, por Hinnova.—Explicacion de los grabados.—Advertencia.

REVISTA DE MODAS
Y LABORES.

I.

Hace algunos años, aun cuando el calor agobiaba á los habitantes de Madrid, á pesar de que los rigores del verano eran menos soportables que hoy, porque la coronada villa, carecia de esa abundancia de aguas que ahora tiene, de los jardines que la adornan y la prestan frescura y ambiente, y de los árboles que cobijan con su sombra y reservan de los rayos del sol de Julio, no se viajaba ni se agitaba como cuestion de lujo la de salir de Madrid, para los baños de Deva ó de Arechevaleta, cuando muchas veces el viaje concluye en Carabanchel ó el Escorial.

Pero sea de ello lo que fuere, preciso es seguir la moda y conformarse con sus caprichos, aun cuando es verdad que un viaje de

treinta ó cuarenta leguas costaba más que hoy uno de ciento, y eran tales los episodios y peripecias de lo que ahora se llama un paseo, que la familia y amigos al despedirse, temian no volver á ver más al que emprendia en las mensajerías ó diligencias, una éxursion que podia ser funesta.

Grabado núm. I



Los viajes, pues, están á la moda, y por consiguiente describiremos los trajes especiales que deben lucirse en las playas cantábricas ó del Mediterráneo, siempre que la política no nuble el horizonte y haga huir despavoridas á las bellas y elegantes viajeras.

Empezaremos nuestra tarea por los modelos propios para jovencita.

Gracioso y juvenil era uno de satin de algodón, color crudo adornado con bieses de la misma tela, pero blanca y de una banda de batista bordada á la inglesa: la falda es igual á la túnica, y está guarnecida con cinco bieses y banda blanca á la cabeza del primero y del último.

El corpiño tiene tirantes bordados y las aldetas adornadas tambien con bordados.

Otro vestido sencillo y elegante era de sultana gris con listas arrasadas y adornado con bieses de la misma tela y la túnica con un encaje al borde: el corpiño tiene las aldetas tableadas por detrás: el sombrero de paja belga con el ala recogida á un lado y adornado con flores y cintas.

Pero veamos un tercer modelo, el que sobre todo es bellísimo para campo y playa, y se compone de una falda de hilo ó de fular, color de tierra, adornada con dos volantes estrechos y tres bieles á la cabeza.

Polonesa de la misma clase y color, con listas arrasadas, y por adorno dos bieles iguales á la falda y un encaje blanco de guipure. El cinturón es de terciopelo negro con grandes cocas y caídas. Sombrero de paja color crudo adornado con terciopelo y flores.

No olvidemos que los jardines del Retiro, se ven frecuentados por una multitud elegante, y que los conciertos es el punto de reunión más en moda para el público madrileño. Destinado á una simpática y conocida señora de la buena sociedad, hemos visto un traje de faya verde luz, adornado con dos volantes, los que estaban ondeados en ambos extremos. La polonesa era de crepelina blanca con florecillas Pompadour, y adornada con una banda de la tela del vestido, ondeada, y al borde un encaje blanco de Brujas ó puntilla duquesa. A este traje debia acompañar un velo blanco de tul pluma.

Las faldas deben ser lisas para las túnicas Pompadour, y las telas listadas, con túnica lisa. Para baños aconsejariamos dos trajes, uno de hilo color crudo con túnica-blusa y cinturón de becerro ó charol, y otro de lana dulce para los días que sobrevienen lloviznas ó viento fresco, y un abrigo *dolman* de lana dulce.

Para casino, bailes y paseo, los vaporosos vestidos blancos de batista, organdí, gasa de Chambéry ó fular.

Nos recomiendan de París un capuchon-manteleta que obtiene gran éxito, y que aseguran hace aún más bella á la mujer que sea hermosa. El *Méphisto* es para preservarse de la brisa marítima: se hace de lana dulce ó de cachemir grana ó blanco, con rizados, cintas y lazos, que forma un todo adorable y que nada deja que desear por su coquetería.

Siendo los guantes uno de los accesorios más indispensables para el traje de una señora, dedicaremos algunas líneas para indicar cuáles son hoy los más elegantes.

Los de piel de Suecia con cinco botones, que cubren casi la mitad del brazo, han sido adoptadas por unanimidad, aunque sin abandonar el *Josefina*, con dos botones, y de cabritilla bordada con brazaletes de lo mismo; pero la piel de Suecia tiene la ventaja de ser más fresca y más propia para el verano.

Las cinturas de crespon y de gasa llamadas *romanas* son lindísimas, diferenciándose de las escocesas en que el fondo es negro ó blanco, y las listas de los extremos están atravesadas y no forman cuadro. Estas listas son de varios colores, y sobre todo, para traje blanco son encantadoras.

Algunas de nuestras amables suscriptoras nos preguntan cuáles son los peinados más de moda, y aun cuando hace pocos días, hemos presentado en nuestro semanario algunos modelos, sin embargo, diremos que es tanta la variedad, que apenas podría fijarse en uno especialmente más ó menos adoptado. Para mantilla continúan llevándose excesivamente elevados, sea con diadema de trenza, sea con multitud de ricitillos coronando la frente, sea á capricho y colocado el cabello artísticamente, pero como al descuido: la demasiada simetría en el peinado es monótono y de mal gusto, debiendo aconsejar á nuestras lectoras, eviten alisar demasiado la cabellera, pues le quitan ese desaliño distinguido que tanto se admira en los peinados ejecutados con arte y elegancia.

Para sombrero, las moñas de tirabuzones, las que forman dos gruesas trenzas con tirabuzones en el centro y la cabellera ondulada y encerrada en los límites de una redicilla invisible, es lo que vemos con más aceptación; pero cada persona debe hacer un estudio de su fisonomía y adoptar el peinado que más se preste á ella, siempre que no sea ridículo, y esto mismo decimos en lo concerniente á los sombreros y á los colores de los trajes.

No concluiremos nuestra crónica sin describir otros dos trajes que ahora recuerdo y que son de irreprochable elegancia.

El primero era de seda de dos puntos de color: la primera falda era verde luz con cinco volantes alternados; es decir, tres iguales á la falda y dos más oscuros. Polonesa ajustada sin recogidos con aldeta-postillon del color más oscuro, así como el volante de la manga. Un fleco adorna el borde.

Sombrero *Lamballe* de paja inglesa, adornado con flores y plumas.

El segundo vestido era de fular color crudo con tres bieles de seda de color habana con cabecillas rizadas. La polonesa está abierta, luciendo en el delantero anchas vueltas de seda que forman el ángulo hasta el costado, y tienen cabecilla rizada. La polonesa forma *puff*. Un gracioso sombrero de paja de arroz adornado con rosas y follaje acompaña al traje, el que se completa con un elegante *dolman* de paño blanco semi-ajustado y adornado con trencillas negras. Ambas polonesas tienen escote-fichú, adornado con una puntilla duquesa. Guantes de cinco botones, de Suecia, color de tierra.

Para trajes modestos, frescos, juveniles y apropósito para la fortuna más módica, aconsejamos el percal con florecillas Pompadour. La primera falda con un gran volante y cabecilla ondeada con trencilla, y la polonesa con ondas al borde, postillon, manga ancha y escote fichú con una puntilla.

II.

Para toda clase de ropa blanca, chambras, peinadores, enaguas, camisas y pantalones, es muy linda la puntilla que representa nuestro quinto grabado hecha con algodón fino, trencilla inglesa, y con los picos calados: además es muy sencilla; pero de elegante efecto y fácil ejecución.

El dibujo en negro que acompañó á nuestro número anterior es para bordar una sombrilla, cuyo efecto es precioso con sedas de colores y elegantísima.

Para las madres de familia que incesantemente se ocupan de esas encantadoras flores, ramillete del hogar doméstico, aconsejamos borden esos lindísimos botines para niños de un año á dos; sobre piqué inglés blanco, se forma el dibujo de sutache negra ó blanca cortándolo en dos pedazos y festoneando los bordes.

El dibujo se saca en papel de seda con lápiz de plomo y se hilvana sobre la tela que deba bordarse de modo que no se mueva, y despues sobre él se coloca la sutache, siguiendo los contornos del dibujo. Hecho esto, se corta el hilvan por los extremos y se van sacando los pedazos del papel que quedan entre la sutache.

Las bandas de tapicería bordadas sobre cañamazo con lana de Sajonia y seda torzal, son la última novedad para *portieres*, sillones, banquetas y alfombras pequeñas: esas bandas se forran con percalina oscura y se bordean con galon de seda del mismo color.

La Baronesa de Wilson.

El conocido editor señor Llano acaba de publicar una notable traduccion de la obra de Mr. Feuillet, titulada *Historia de Sibila*, obra que ha llamado extraordinariamente la atención en la vecina república.

Es una de las más religiosas que se han dado á luz en el último decenio, y digna por tanto de que la conozcan cuantos quieran fomentar en sus hijos los mejores sentimientos.

Los desvelos del señor Llano en la traduccion y publicacion, no son superiores á la celebridad del autor ni al mérito de la obra, por la cual le felicitamos sinceramente, teniendo un verdadero placer en recomendársela á nuestros lectores.

LA FUENTE (1).

FÁBULA.

Corre una fuente ligera,
Y aunque es murmurar su vicio,
Presta al campo beneficio
Sin que murmure siquiera.
Si por gala al pobre das
Limosna, como otros cien,
A hacer con sigilo el bien,
De la fuente aprenderás.

Constantino Llombart.

(1) Del libro que con el título de *Flores y Perlas* va á publicar su autor en colaboracion de su amigo San Martín y Aguirre.

LA MONTAÑA MALDITA,

POR LA

SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Aun no era llegada la estación de las nieves; pero se presentaba el otoño tan crudo como el más riguroso invierno. Jamás se había visto en Suiza tiempo tan nebuloso y frío en aquella época. Marchitas aparecían ya las herbosas faldas de sus magníficas cordilleras; oíase silbar incesantemente al ábrego en el fondo de sus románticas grutas—haciendo mugir en otras partes los espumosos torrentes que debían convertir en breve los ricos cambiantes de sus argentadas ondas en enormes columnas de deslumbrante hielo;—y se precipitaba prematuramente por las laderas de sus montañas copiosa lluvia de reciente nieve, la cual, á manera de vellón, alfombraba el seno de muchos de sus más fértiles valles.

En las regiones elevadas reinaba completamente el invierno con todos sus horrores; en las de clima más benigno luchaba todavía la vegetación contra los anticipados ataques de su enemigo; pero se echaba de ver que la ruina de aquella iba á consumarse muy pronto.

¡Desgraciados los pobres que no han tenido tiempo de prepararse contra la brusca invasión de tan rígido y adelantado invierno!

¡Desgraciada la pobre Marta, que aun no ve conciuida la humilde casita de madera levantada con sus sudores de sesenta años, para pasar en descanso sus últimos días!

Mas nada les importa á los ricos la extemporánea crudeza de la estación. Dígalo si no, Watter Muller, el opulento propietario de la *Blumlisalp*, que puede abrigar con las pieles de sus vacas y de sus ovejas toda la colosal montaña en cuyas faldas se asientan sus numerosos *chalets*. Dígalo Watter Muller, que guarda en su granero provisiones bastantes para abastecer á un ejército durante todo un año de carestía, y que quema más leña diariamente en sus cocinas y chimeneas, que la que ha menester Marta para construir diez casas mayores que la que logra ver comenzada á los sesenta años de su edad, con los ahorros reunidos de su laboriosa existencia. Y sin embargo, Marta, la pobre anciana que aun no tiene techo que la abrigue, la que ha pasado veinte años sirviendo asalariada en las queseras ajenas, y que achacosa y casi ciega no puede ya trabajar para ganar el pan en los días de su vejez,—Marta es la madre de Watter Muller, y Watter Muller es el hijo único de Marta. ¡Hijo de su dolor, nacido entre sus lágrimas, criado á sus pechos, robustecido á precio de sus sudores, Marta espío con quince años de penosos sacrificios, impuestos por el afecto maternal, la falta de haber querido con demasía á un pérfido seductor, y está espionando todavía despues de otros veinte años de abandono y de miseria—la falta de amar con delirio al ingrato hijo de aquel ingrato amante.

Pero la fortuna parece mirar con decidida predilección al desnaturalizado Watter. Esos veinte años le han sido suficientes para hacerse riquísimo. No hay entre todos los ganados de aquella comarca ningunos tan hermosos como los que apacientan sus pastores en las faldas de la *Blumlisalp*; así como no se encuentra en toda Suiza, montaña más fértil y pintoresca que aquella en cuyas magníficas laderas tienen sus envidiados pastos las numerosas reses de Watter Muller. En medio de los rigores de un invernal otoño, la *Blumlisalp* se conserva verde y lozana, ostentándose digna del poético nombre que lleva hasta en nuestros días (1).

Pero Marta no osa llegar á *Blumlisalp*, temerosa de desagravar á su hijo, y se contenta con levantar su casita en las cercanías de la florida montaña, y contemplar á distancia sus laderas riquísimas, cubiertas por los ganados y rebaños del opulento propietario.

¡Era por ventura la avaricia lo que le inspiraba á Watter tan inconcebible conducta con la mujer á quien debía la existencia? ¿Temía acrecentar sus gastos llevando á su madre junto á sí, para hacerla partícipe de su opulencia? No por

cierto; ni aun esta villana excusa podemos encontrarle. Tan liberal como rico, es el ganadero de *Blumlisalp*.

Aunque no ama á nadie, ni ha conocido jamás el íntimo placer de aliviar las desventuras ajenas, gusta de mostrarse espléndido, cuando se le presentan ocasiones en que ostentar su lujo y proporcionarse recreos. Si convida á comer á los propietarios de las cercanías, los hace salir de su casa asombrados de la prodigalidad de su mesa; si obsequia con un baile campestre á las muchachas bonitas del contorno, las deja largos recuerdos de aquellas deliciosas fiestas, en las que siempre se acredita de galán y de rumboso; si lo escogen dos amantes para padrino de su boda, acuden presurosas las gentes, de veinte leguas á la redonda, porque se ha hecho proverbial la generosidad de Watter en semejantes casos. En fin, tan grande y hasta extravagante es su desprendimiento ostentoso, que ha llegado á hacer objeto de envidia para los pobres de su vecindad, la suerte de una hermosa ternera blanca que tiene en su ganado, y para la que mandó construir un establo tan extenso y tan rico, que merece de los pastores el nombre de *palacio*. En él se aposenta—como único dueño—el gallardo animal por quien manifiesta el ganadero predilección decidida; de él le sacan á pacer con respetuosos cuidados tres hombres, dedicados exclusivamente á su servicio; y en él la visita Watter todos los días, haciéndola cubrir con vistosas mantas de lana cuando el tiempo es húmedo y destemplado.

(Se continuará.)

EXEQUIAS

de mi querido y malogrado discípulo

CÁRLOS RUBIO,

POR

DON GASPAR BONO SERRANO.

(Continuación.)

Mas descendió la humanidad del trono,
Y á sus cobardes vicios entregada,
Arrastra su existencia degradada;
La triste calma y el opaco cielo
Reinan do quier: la muerte se avecina
Y el mentido oropel, la pompa vana,
Que viste como enferma cortesana,
Señales son de su fatal ruina:
Que cuando el Bardo, aduladora lira
Pulsa en las gradas de infamado sólio
Y al injusto poder incienso ofrece,
Cuando á seguir se aspira
El criminal si provechoso ejemplo,
Y entran al sacro abandonado templo
De las virtudes, vanidad, mentira,
Adulación y dolo,
Es que la sociedad, gastada, fútil,
Perdida á la virtud, al vicio inútil,
Descansar en la muerte espera sólo.

Sí: morirá la Europa, que en sus brazos
Al Asia vió espirar: ¡Colon un día
La buscó tumba entre los anchos mares!
Ese jardín del mar, que ser figura
Asilo de las sílfides y ondinas;
Lecho del sol, terrestre paraíso,
En que pródiga y rica la natura
Verter sus dones quiso;
Esa tierra infeliz, en cuya alfombra
De arenas de oro y flores y verdura,
Del plátano y las palmas á la sombra
Yace un pueblo gastado,
Con el beso de Europa envenenado,
Que maldice su suerte,

(1) *Blumlisalp* significa montaña florida ó floreciente.

En su infancia decrepito nacido
Como el ciprés, emblema de la muerte,
Recogerá su postrimer gemido.
Sombra de muerte al lado de una tumba
Será ese pueblo; un astro que apagado
Va á remplazar al que á su ocaso llega,

Y del cantor sagrado
No pasmará la vista en noche ciega.

Bardos: colgad la lira,
O levantad lamentos funerales,
Las pasadas grandezas recordando,

Grabado núm. 2.



Sañad con vuestro mundo de ilusiones
En silenciosa soledad, negando
Al mundo vuestras mágicas canciones,
Que ya no le conmueve, que ni escucha,
En sus avaros cálculos absorto;
Olvidad el amor de la alta gloria,
Y resignaos á que avara muerte

Vuestra vida termine y su memoria
Tal ha sido el decreto de la suerte.
Si aun vuestro ardiente corazon suspira
Por lauros, que otros siglos alcanzaron,
Romped el corazon con vuestra lira.

CÁRLOS RUBIO.

Enero de 1853.



EL ULTIMO FIGURIN.

ADMINISTRACION: CALLE DE LAS TABERNILLAS, NÚMERO 8.—MADRID.

27-72

VI.

En silencio el más profundo
Y con visible atencion,
Mientras los versos leí,
Oyeron todos mi voz;

Y todos de la lectura
Al llegar la cunclusion,
Unánimes aplaudiero
Al sublime trovador,
Que cuando los cuatro lustros
Todavía no cumplió

Grabado núm. 3.



De su mísera existencia,
Sabia con tal vigor
Y primoroso artificio
Y elegancia y correccion
Manejar aquel idioma,
Tan digno de hablarse á Dios,
Segun decia mil veces

El invicto emperador,
Que fué monarca de España,
Aunque allá en Gante nació.
Despues de mostrar amables
Entusiasta admiracion
Por el Bardo sin ventura,
Por el jóven español,

Suplicáronme de nuevo,
Que si no tenía yo
Alguna dificultad,
O precisa ocupacion,
Acompañase á los cuatro,
Pues con fraternal amor
Deseaban visitar
La tumba en que descansó
Para siempre de amarguras
Y miseria y afliccion
Mi discípulo infelice,
Digno de suerte mejor.
Con amargoso placer,
Con triste satisfaccion,
A tan laudables deseos
Mi voluntand accedió.
Dejando los lares mios,
Un magnífico y veloz
Ultramarino carruaje,
De un vuelo nos trasportó
Al cementerio en que, mudo
Yace afluente escritor,
Que ha terminado sus dias
Pobre como el mismo Job.
¡Noble pobreza! Premiarla
Se digne aquel Hombre-Dios
Que indigente y desvalido
Treinta y tres años vivió.

(Se continuará.)

EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMBRES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuacion.)

—Algo indispueta está nuestra buena amiga y quizás no pueda recibirlo á usted.

—La doncella me ha dicho que no hay ningun inconveniente para ver á la baronesa.

—Inconveniente no; pero... no me parece que disfruta de completa salud.

La doncella volvió para decirle á Alberto que podia pasar.

Así lo hizo el jóven.

No podia el señor de Velardi quejarse de que la viuda lo hubiera desobedecido, pues Alberto se habia presentado sin dar tiempo para prevenir á los criados.

El hombre misterioso se puso sus lentes y su sombrero.

Sin producir un escándalo no le era posible retroceder, y tuvo que contentarse con decir al desleal sirviente:

—Necesito saber lo que hablan.

El criado inclinó la cabeza como queriendo significar que habia comprendido y que obedecería.

Muy agitado salió el señor de Velardi y entró en el modesto carruaje que lo esperaba.

Sin embargo de que se complicaba la situacion, le tranquilizaba la seguridad de que sabria lo que la baronesa hablabla con Alberto.

CAPÍTULO IX.

Dos criaturas que se entienden sin hablar.

Alberto habia visto la alteracion del semblante del hombre misterioso, y dijo para sí:

—¿Qué sucede? Este hombre por nada se altera, y parece muy agitado. Además se diria que mostraba empeño en que yo no viese á la baronesa. ¡Oh!... Aquí hay un misterio

que debe ser horrible, un misterio que tal vez adiviné cuando la fiebre me hizo delirar.. Aquellos fantasmas... Quiero salir de dudas.

Prevenido ya por sus observaciones, era consiguiente que Alberto llevase una gran ventaja en la lucha que iba á entablar para arrancar á la baronesa su secreto.

Su mirada penetrante y escudriñadora fijóse en la pobre madre.

No sabemos si ella hizo esfuerzos para disimular y no consiguió ocultar lo que sentia, pues lo cierto es que su agitación dolorosa, la borrasca de su espíritu revelábase en su pálido rostro.

Alargó la diestra á su nuevo amigo en tanto que desplegaba una sonrisa leve, sonrisa tristísima, y que tenia mucho de amarga y dolorosa.

Aunque ligeramente, temblaba la mano de la baronesa.

Parecia muy difícil dar principio á la conversacion, pero Alberto lo encontró muy fácil, y dijo:

—Temí por un momento no tener el gusto de verla á usted.

—¿Y por qué?—preguntó la jóven.

—He visto al señor de Velardi, y me dijo que se sentia usted algo indispueta, y que tal vez no podria recibirme.

Estas palabras tan sencillas produjeron en la viuda un efecto inexplicable.

—Sí,—respondió,—pero mi indisposicion es de poquísima importancia, una leve alteracion nerviosa que no merece ser tomada en consideracion. Los nervios son el enemigo de las mujeres de nuestra clase, y tal vez una consecuencia de nuestro sistema de vida.

—Es indudable,—se concretó á decir Alberto.

Habia materia sobrada para continuar la conversacion, y sin embargo, los dos volvieron á quedar silenciosos, sin que se les ocurriese pensar que estaban cometiendo una grave falta.

Los ojos representaban entonces el principal papel.

Alberto se empeñaba en adivinar el secreto de la viuda, y esta queria con la mirada penetrar hasta lo más recóndito del alma de aquel hombre.

Era la segunda vez que se veian, y no estaban dispuestos á tratarse con la reserva que se tratan las personas que apenas se conocen.

Pensaba la baronesa que aquella era la última vez que debia ver á su nuevo amigo, y si no aprovechaba la ocasion, no se le presentaria otra antes de que espirase el plazo fatal.

Esta circunstancia debia favorecer las miras de Alberto.

Largo rato pasó, que para ellos fué como un instante.

Lo que sentian no podemos decirlo, porque ellos mismos no hubieran acertado á explicarlo.

A la baronesa la habia ocurrido comparar al señor de Velardi con Alberto, y no hay que decir hasta que punto le parecia inmensa la diferencia.

Alberto no comparó á la viuda con otra mujer; pero supo apreciar la diferencia que habia entre ella y todas las demás.

Desde que habia visto la alteracion del hombre misterioso, no le quedó al hijo de Magdalena la más leve duda de que la baronesa era una víctima digna de compasion.

Ya hemos dicho que ambos callaban, y sin embargo, les parecia que estaban hablando y se entendian perfectamente.

Tal vez antes de haberse conocido estaban aquellas dos almas en íntima comunicacion.

La naturaleza tiene sus misterios, que aun no ha podido el hombre penetrar.

¿Cómo se explica eso que se llama simpatía?

Lo único que sobre este punto sabemos, es que hay almas que se atraen mutuamente, que se sienten impulsados la una hacia la otra por una fuerza irresistible, que parecen creadas la una para la otra, y que puede decirse que están siempre unidas aunque las separen grandes distancias materiales.

Para el espíritu no hay distancias, no hay nada impenetrable, y no sabemos si seríamos exactos al decir que no hay nada imposible.

¿No es el espíritu un destello de la divinidad?

¿Acaso la divinidad no es la omnipotencia?

Alberto creia que estaba subyugado por la mirada profunda de aquella mujer sin igual.

Ella, por el contrario, hubiera jurado que estaba subyugada por aquel hombre extraordinario.

Para Alberto no había nada más temible que la fascinación poderosísima que ejercía la baronesa.

Y la baronesa consideraba peligrosa la fascinación inexplicable de Alberto.

Más de una vez sintió este que su corazón latía como nunca había latido.

La viuda comprendió algo que hasta entonces no había podido comprender.

Ambos veían un horizonte risueño donde las delicias eran inagotables, y ¡cosa extraña! ambos temían que aquel paraíso se convirtieran en un infierno.

El sol, que fulgura, que esparce torrentes de luz, que vivifica y engendra la alegría, puede también abrasar.

¿Que pensaría de aquel silencio el criado que escuchaba?

Empero si callaban porque sentían demasiado, cuando reanudasen la conversación, debían decir más de lo que tal vez les convenía, expresar con ruda franqueza lo que sentían.

Alberto rompió al fin el silencio para decir:

—Me parece que el señor de Velardi no se encontraba del todo bien, pues estaba pálido y parecía presa de una agitación inexplicable en un hombre como él.

—¡Oh!—murmuró con voz sorda la viuda.

Y por un instante relumbraron siniestramente sus negras pupilas.

No necesitaba decir más.

Extremecióse Alberto.

Volvió la cabeza á uno y otro lado.

Su mirada se fijó en un pequeño cuadro con moldura de ébano que encerraba una fotografía.

Era el retrato del hijo de la baronesa.

Si lo hubiere visto Maricota, hubiera dicho:

—Pues este es el muchacho que tanto me da que hacer.

Y Plácido hubiera sonreído, diciendo maliciosamente:

—No necesito más. Tengo el hilo y encontraré el ovillo.

—Hermoso niño,—dijo Alberto.

—¡Mi hijo!—exclamó la baronesa poseída de orgullo maternal.

Y se oprimió el pecho en tanto que sus ojos se humedecían, dejando escapar dos lágrimas.

—¿Por qué llora usted, señora?—

preguntó Alberto sin comprender que cometía una torpeza y una imprudencia.

—¡Es mi hijo, mi hijo!—volvió á decir la viuda con voz ahogada.

—¿Y por qué no lo tiene usted á su lado?

Al decir esto Alberto fijó en la joven una mirada penetrante.

Ella guardó silencio.

—¿Por qué?—dijo otra vez el hijo de Magdalena como si tuviese autoridad para interrogar á la viuda.—Ya sé que está en Alemania, educándose en un colegio, ¿Acaso no hay establecimientos de educación en España? Y sobre todo, ¿dónde puede educarse un hijo mejor que al lado de su madre? ¿No es la misión de las madres despertar en los hijos los sentimientos nobles? ¿No tienen la obligación de depositar en el alma de las tiernas criaturas los gérmenes de la virtud? ¿No son las madres las que enseñan al hombre á distinguir entre el bien y el mal? La ternura de la madre engendra la ternura del hijo, y el hijo no puede amar si su madre no lo ha hecho susceptible del amor. Esto no lo enseñan los maestros, ni aun los padres, y por eso la criatura que en edad temprana pierde á su madre, es digna de compasión, es desdichada como ninguna. Los maestros harán de su hijo de usted un sábio, pero no un hombre de corazón. Y usted, que lo separa de su lado, llora porque no lo vé...

—Caballero,—balbuceó la viuda.

—¿No le han dicho á usted que yo no me parezco á los demás hombres?... En mi presencia vierte usted lágrimas por su hijo, y sus lágrimas me autorizan para lo que acabo de decir. Si hubiera usted sonreído, si se hubiera mostrado madre indiferente, yo habría callado.

—¡Dios mío!—exclamó la baronesa, elevando al cielo una mirada de súplica desgarradora.

Alberto, como si se hubiese olvidado de todas las consideraciones sociales, repuso:

—Cuando una criatura llora, es preciso que justifique sus lágrimas, y si no las justifica, tiene la obligación de sonreír. Sonrisas tiene usted á todas horas para el mundo, y la primera vez que nos encontramos á solas, las sonrisas desaparecen y las sustituye el llanto. ¿No me da usted así derecho para hablar con franqueza, para pedir explicaciones?

—No,—replicó la baronesa con exaltación febril,—no he olvidado mis deberes de madre.

—Señora, usted sufre como no ha sufrido ninguna criatura, usted es una víctima...

—¡Ah!...

—Sí, una víctima de ese miserable que acaba de salir.

—¡Alberto, Alberto!—exclamó la baronesa, como si el joven fuera su amigo de la niñez.

—Es preciso que yo conozca el secreto de la vida de usted, no para satisfacer mi curiosidad, sino para cumplir mis deberes, para hacer lo que desea mi corazón.

—Imposible, imposible.

—El señor de Velardi...

—No pronuncie usted su nombre.

—Su hijo de usted...

—¡Hijo de mi alma!...

—Acabemos.

—Nos vemos por última vez, porque mañana mismo...

—¡Señora!...

—Y todo lo sabrá ese hombre, porque adivina lo que no ve, porque...

—Ahora lo comprendo todo,—replicó Alberto.

Y se puso en pie, y preguntó:

—¿No sabe usted cómo se hacen esos milagros?

Acercóse á la baronesa, inclinóse y pronunció algunas palabras con voz casi imperceptible.

La infeliz estaba convulsa.

También se levantó.

Hizo un esfuerzo sobrenatural para recobrar la calma.

La habitación tenía dos puertas con cortinas de terciopelo.

Alberto, que se dominaba con mucha facilidad, dijo tranquilamente:

—Señora, mi conducta le parecerá

á usted muy extraña; pero la explicaré y estoy seguro de que usted me perdonará.

Mientras así hablaba, dirigióse hacia una de las puertas. La viuda se acercaba á la otra.

En la gruesa alfombra se ahogaba el ruido de sus pasos, Alberto prosiguió diciendo:

—Hay días verdaderamente fatales; hay momentos en que la criatura quisiera que la tierra se abriese bajo sus pies y se la tragase. Cuando esto sucede, en situaciones como la nuestra, es preciso dar el golpe sin vacilar.

Guardó silencio, dió dos pasos, llegó á la puerta y levantó la cortina.

La baronesa hizo lo mismo, encontrándose frente á frente con el criado desleal.

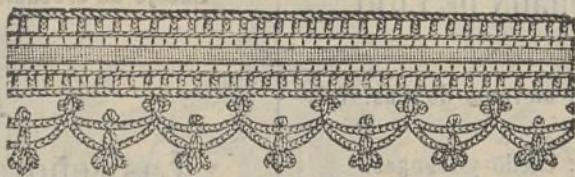
Este exhaló un grito de sorpresa y de terror, quedando inmóvil como una estatua, con los ojos extremadamente abiertos y la mirada fija en su señora.

Alberto dejó escapar una carcajada.

Grabado núm. 4.



Grabado núm. 5.



Reinó un silencio absoluto.

Después de algunos momentos extendió la viuda un brazo y dijo con acento breve:

—Fuera de esta casa, miserable.

El sirviente se movió como un autómatas que obedece á sus resortes, retrocedió y desapareció.

La baronesa estrechó las manos de Alberto.

Contempláronse con expresion indefinible.

Ya podían entenderse con las palabras como antes se habían entendido con la mirada.

Trascurrieron algunos minutos.

—Ahora podemos hablar,—dijo Alberto.

(Se continuará.)

QUÍMICA DOMÉSTICA.

I.

Nuestros consejos á las señoras, tenderán siempre á recomendar la economía, porque no hay fortuna, por muy considerable que sea, que resista al desorden ó á la poca inteligencia para el gobierno de la casa.

La conservacion de las diferentes prendas de vestir, evita gastos considerables sólo con un poco de precaucion y actividad. La riqueza no siempre es una garantía de que no habrá momentos de apuros, porque los gastos se multiplican, y no siempre están en relacion con los recursos.

En verano debe cuidarse mucho de limpiar bien y envolver entre sábanas los abrigos ó vestidos de invierno, poniendo entre los dobleces granitos de alcanfor y pimienta entre pedacitos de tela de algodón, y lo mismo entre las pieles ó terciopelos.

Débase de vez en cuando, es decir, una vez cada dos meses poner la ropa al aire y renovar el alcanfor, que se habrá evaporado. El mismo procedimiento se emplea con las mantas.

II.

Como objeto de lujo, diremos el modo de limpiar los zapatos ó botas de raso, que muchas veces con una sola vez quedan inútiles.

Se toma un pedazo de algodón en rama, se empapa en espíritu de vino y se frota el zapato, y con otro pedazo de algodón seco, se seca.

Las manchas de limon se quitan con álcali volátil; pero si es en seda de color, deberá probarse primero en un pedazo aparte.

Hinnova.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE LA EDICION DE LUJO.

1.º Sombrero de paja adornado con un rizado y un ramo de lilas. Velo de gasa, formando bridas.

2.º Camisolin de percal con dibujos de colores: cuello y mangas.

3.º Fichú con encaje y lazos de cinta.

4.º Sombrero-capota de paja de arroz: el ala levantada y bordeada con biés de faya y vivo de terciopelo negro. El interior adornado con un rizado de encaje y lazo de terciopelo; fondo flojo con plumas y lazos. Bidas de cinta.

5.º Sombrero de paja de Italia para niña.

6.º El mismo, visto per detrás.

7.º Cuello de batista, adornado con bullones y botencitos blancos, bordeado con encaje y vuelto por delante.

8.º Manga para el mismo.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE LA EDICION ECONOMICA.

Falda de cola de seda color azul de cielo. Túnica de muselina blanca: el delantero está guarnecido con bullonados y entredoses de Valenciennes. Volante de encaje, corpiño redondo adornado con encaje, lo mismo que la manga, en lo que tambien se repiten los bullonados y entredós. Sombrero

de paja de Italia adornada con seda azul y banda de gasa; pluma color claro.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 1.

Vestido de granadina negra.—La primera falda está adornada con volantes y cabecilla de granadina blanca, cubierta con guipur negra. Segunda falda, corta por delante y larga por detrás con recogidos Pompadour; el delantero está adornado con tres bieses de granadina negra con cabecilla blancas y guipur negra. Corpiño redondo, fichú de granadina blanca plegada. Manga bullonada con segundo bullonado de granadina blanca, lazo negro y abrazadera y volante negro. Guantes de cinco botones. Peinado de última novedad. Los cabellos ondulados, formando bandó por delante y levantados de los lados: cocas y lazo de cabello.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 2.

1.º Primera falda de seda marron. Túnica Luis XV, de seda, con florecillas Pompadour, fondo color crudo con tabla Watteau. La túnica tiene escote cuadrado por delante y por detrás, adornada con picos festoneados y con biés de faya color crudo. Manga Luis XV, con volante: gola y mangas de Valenciennes.

2.º Falda de chali blanco y azul: el delantero con listas más anchas, desde los costados más estrechos: largas caidas con volante. Chaqueta Luis XV de crespon de China blanco, adornada con un tableado: un terciopelo estrecho pasa por un entredós de guipur fina. Tocado de encaje.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 3.

1.º Vestido de fular.—Falda con listas blancas y malva adornada con cinco volantes. Corpiño de fular liso malva, abierto por delante y con aldetas cuadradas: tres caidas por detrás con volante. Manga ancha con volante.

2.º Traje para viaje, de lana ligera gris claro, con bandas marron y blanco: dos bandas adornan la primera falda. Túnica recogida á los lados, con fleco al borde y chaqueta ajustada por detrás con aldetas cuadradas: solapas con fleco: manga muy ancha. Sombrero con fondo de seda marron y adornos de faya gris. Lazo y caidas.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 4.

Caja-estuche para pañuelo. (Véase el número 38.)

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 5.

Encaje de crochet. (Véase labores.)

ADVERTENCIA.

Las señoras suscriptoras que deseen completar la coleccion del FIGURIN para poseer la novela *El Libro del corazon* desde su principio, pueden dirigirse á esta Administracion pidiendo los números que les falten desde Octubre hasta fin de Abril, por la mitad de su precio, ó sea un real cada número de lujo, y medio real para los de económica.

La lotería que se celebrará el dia 29 del corriente, es la que sirve para el sorteo del neceser para señora, cuyos billetes dimos el mes próximo pasado con el número 33, perteneciente al mes de Junio.

MADRID: 1872.—Imprenta de Santos Larxé, Rio, 24.